

• **EL INCLEMENTE**, por Quintín

Noticias desde Vancouver

El crítico Mark Peranson no sólo informa sobre la segunda película del catalán Albert Serra sino que envió *La trinchera luminosa del Presidente Gonzalo*, fascinante relato sobre Sendero Luminoso que se estrenó en el Festival Underground de Nueva York.

Un mail de Mark Peranson, director de la revista **Cinema Scope** y programador del Festival de Vancouver, me deja estupefacto: tiene una oferta para debutar como actor de cine. Efectivamente, Albert Serra, el autor de **Honor de caballería**, lo quiere para su segunda película, a punto de comenzar a rodarse en Libia. Es la historia de los Reyes Magos y el papel que le asignó a nuestro amigo Mark es el de San José, el carpintero. Si Serra filmó un extraordinario Quijote con dos habitantes de su pueblo como protagonistas, es probable que sepa qué hacer con un crítico de cine, canadiense que no habla catalán. Pero aun así...

En el mismo mail, Mark contesta una pregunta mía por un DVD que me envió por correo. "Es una sorpresa", dice. Escrito con marcador en el disco, se lee **La trinchera luminosa del Presidente Gonzalo**. Mark tampoco habla castellano, de modo que no supe qué pensar de un título semejante. La película tuvo su estreno mundial en el reciente 14º Festival de Cine Underground de Nueva York, evento del que no tenía la menor noticia. Pero es sabido que los festivales proliferan y que, solamente en Nueva York, hay no menos de cien, según escuché decir alguna vez.

La trinchera luminosa está ambientada en la cárcel peruana de Canto Grande durante 1989. Allí están presas un buen número de guerrilleras de Sendero Luminoso, el movimiento armado que continúa operando en el Perú a pesar de que su líder Abimael Guzmán (conocido como el presidente Gonzalo) está preso desde 1992. En Canto Grande, las senderistas tenían un pabellón aparte y dedicaban el día entero a educarse como militantes. El lugar está ambientado como un curioso jardín de infantes, con un gran mural en el que se ve a Gonzalo rodeado de eslogans. El film muestra la vida cotidiana de las presas. Breves momentos de recreación se alternan con desfiles, canciones revolucionarias, sesiones de adoctrinamiento político, militar o médico, discusiones sobre la limpieza de los baños y su relación con la moral, juicios políticos, declaraciones individuales de las prisioneras. Sendero era (mejor dicho es, **basta ver una de sus páginas en internet**) un movimiento extremo (solo superado en materia de violencia por el Khmer Rojo camboyano) que se proponía tomar el poder por las armas guiado por la doctrina de las cuatro espadas (Marx, Lenin, Mao, Gonzalo) y que justificaba plenamente el asesinato político, rechazaba cualquier apelación a los derechos humanos como un arma de la burguesía y tenía como peor enemigo ideológico al "revisionista" chino Deng Xiao-Ping. Los militantes senderistas vivían en un mundo que llamaban el "Pensamiento Gonzalo" y dedicaban sus vidas y su muerte al Partido.

Lo que el film muestra (es un video de una hora filmado en Hi-8) es una muy elaborada recreación teatral de lo que ocurría en la cárcel. Es evidente que no se trata de un documental: los uniformes son impecables, los decorados demasiado abiertos para ser los de una prisión de siniestra fama. Sin embargo, ver el film sin información previa lleva a pensar cuál es su naturaleza, quiénes son esas mujeres y en qué punto de la laxa frontera entre el documental y la ficción está ubicado. En ese sentido, se parece un poco a **The Hamburger Lectures**, una extraordinaria película de Romuald Karmakar exhibida en el último festival de Mar del Plata, en la que un actor alemán reproducía con fiereza implacable las enseñanzas de un religioso islámico fundamentalista. Aquí sucede algo parecido: el espectador se encuentra inmerso en el mundo del fanatismo político sin que este sea objeto de burla o de desprecio: el dispositivo es exactamente el contrario de la denuncia a lo Michael Moore, pero tampoco es un film de propaganda disfrazado de narración histórica como todavía se estila entre nosotros ni una descripción periodística del tema. Es, en cambio, una fértil intervención cinematográfica, con su propia fuerza y su consiguiente misterio que participa de un género novedoso, pariente del teatro de raíz brechtiana y del film de ensayo, pero sin comentarios ni reflexiones directas del realizador.

La falta de información inicial (sólo aparece un cartel que dice: "Prisión de Canto Grande, 1989"), le agrega a la película una dimensión adicional de misterio y pertinencia cinematográfica. El realizador, Jim Finn, es un norteamericano nacido en 1968 y para interpretar a las prisioneras utilizó a un grupo de mujeres de Nuevo México, la mayoría de ascendencia navajo. En algún momento de la película, las mujeres hablan en la lengua de sus antepasados que sustituye al quechua materno de buena parte de las senderistas. La idea contribuye al curioso e inquietante efecto de duplicación que el largometraje propone. La filmación en sí, con su organización y sus rutinas, es un extraño eco de la militarización de la vida guerrillera y tanto la frialdad como el compromiso con el que las actrices dicen sus textos permite preguntarse cuál es la opinión que les merecen sin que la respuesta sea definitiva. Es que el cine, cuando se aparta de los caminos tradicionales, es capaz de hacer las preguntas más extrañas sobre el mundo y poner de manifiesto que no sabemos precisamente qué vemos ni quiénes somos.

OTROS CINES English Translation

Review by Argentine film critic Quintín

La Trinchera Luminosa is set in the Peruvian prison of Canto Grande in 1989, where a large number of prisoners are former guerrillas of the Shining Path armed movement that continues in Peru despite the imprisonment of their leader Abimael Guzmán (known as Chairman Gonzalo). At Canto Grande, the *Senderistas* had their own cellblock and dedicated every day to furthering their guerrilla education like an uncanny kindergarten, complete with a huge mural of Gonzalo surrounded by slogans. The film shows the daily lives of the prisoners. Brief moments of recreation alternate with marches, revolutionary songs, military, health and political indoctrination sessions, arguments about cleaning the bathrooms and its moral implications, political trials, and individual interviews with prisoners.

The Shining Path was an extremist group (only superseded in violence by the Cambodian Khmer Rouge) that proposed taking power guided by the doctrine of the four swords (Marx, Lenin, Mao, Gonzalo). They justified political assassination, rejected any appeal to human rights as an arm of the bourgeoisie, and whose worst ideological enemy was the Chinese “revisionist” Deng Xiao-Ping. The *Senderista* militants lived in a world of “Gonzalo thought” and dedicated their lives and death to the Party.

What the film shows (it’s a one-hour video shot in Hi-8) is an elaborate theatrical recreation of what occurred in the prison. It’s apparent that it’s not trying to be a documentary: the uniforms are impeccable, the sets are too open to be from a prison with such a sinister reputation. However, seeing the film without the previous information leads us to think about what its nature is, who these women are, and where exactly is the lax border between documentary and fiction. In that sense, it’s a little like *The Hamburg Lectures*, an extraordinary film by Romuld Karmakar in which a German actor reproduces with relentless intensity the teachings of a fundamentalist Islamic cleric. Something similar is happening here: the spectator finds himself immersed in a world of political fanaticism without scorn or ridicule. This device is exactly the opposite of Michael Moore, but neither is it a propaganda film disguised as historical narration nor is it a journalistic description. Rather it’s a fertile cinematographic intervention, with its own energy and mystery that forms part of a novel genre, a kind of Brechtian theatre piece and essay film, but without commentary or reflections from director.

The initial lack of information (there’s only one title card that reads “Canto Grande Prison, 1989”) adds a lack of additional mystery and cinematographic relevance. The director Jim Finn is an American born in 1968 who worked with a group of New Mexican women, most of whom are Navajo, to interpret the film. In one part, the women use the language of their Navajo ancestors as a substitute for the Quechua tongue of the majority of *Senderistas*. The idea contributes to the strange and disquieting effect of facsimile that the feature film represents. The shooting itself, with its own schedules and routines, is an odd echo of the military life of the guerrillas. The detachment and the commitment shown by the actresses while they speak their lines leads to the question of their own opinion about these issues. But it seems impossible to give a straight or definitive answer. Maybe because when cinema walks outside of its traditional paths, it is capable of asking the strangest questions about the world and revealing that we don’t know exactly what we see nor even who we are.